

nes y facultades del poder ejecutivo no hubiesen quedado todavía bien deslindadas á pesar de la declaración hecha en 27 de setiembre, volviéndose á tratar y discutir este punto, dando por resultado el decreto que poco mas adelante se publicó con el título de *Reglamento provisional del poder ejecutivo*.

Estas cuestiones que eran constitucionales, juntamente con otras que se suscitaban y que tambien lo eran, tal como la petición hecha por el enviado de Portugal para que se autorizara y publicara la revocación de la ley Sálica hecha en las córtes de 1789, y por consecuencia de ella se declarara el derecho de la princesa del Brasil doña Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, á suceder en la corona de España, puntos cuya decisión se iba reservando para cuando se formara la Constitución del Estado; estas cuestiones decimos, hacían ver la necesidad de ocuparse en la formación de aquel código, con arreglo tambien á una proposición que en este sentido habia sido hecha. En su virtud se nombró para que preparara el proyecto (23 de diciembre) una comisión de catorce diputados, á la cual se agregaron despues algunos otros (1). Habíase propuesto ya por algunos que se hiciera una especie de invitación ó llamamiento á los sabios de todos los países, para que comunicaran sus luces al Congreso, y se abriera como un concurso para la presentación de memorias ó proyectos de una buena Constitución; así como no faltó quien combatiera esta idea, ya por creer innecesario dar una Constitución al reino, ya bajo el concepto de pedir luces á los sabios, diciendo que los sabios y eruditos eran los que mas habian perjudicado á la causa nacional, citando los españoles ilustrados que habian abrazado el partido de los franceses, todo lo cual oyó el Congreso con ostensibles demostraciones de gran desagrado.

Nombróse en el mismo día 23 otra comisión que se encargara de redactar un proyecto de ley para el arreglo y gobierno de las provincias, otra de las reformas capitales cuya necesidad se habia reconocido. Y mientras estas comisiones preparaban sus trabajos, la asamblea continuaba discutiendo con notable interés, empeño y asiduidad el proyecto relativo á fijar las atribuciones que habian de corresponder y señalarse al Consejo de Regencia como poder ejecutivo, y á deslindar los límites del Cuerpo legislador, y las relaciones que entre sí habian de guardar estos dos poderes.

Mezclábanse y alternaban con estas cuestiones otras de mas ó menos interés é importancia, tales como la de empréstito y subsidios, la del alistamiento de un cuerpo de diez mil hombres en Cádiz, la de las obras de defensa de aquella plaza y de la Isla, la del aumento, organización y disciplina de los ejércitos, la del reconocimiento y confirmación de los grados militares á los eclesiásticos que acudían guerrillas, la del establecimiento en España de una ley semejante al *Habeas corpus* de Inglaterra, y otras sobre que se hacían y presentaban proposiciones, que producían debates mas ó menos interesantes. No se descuidaban tampoco los diputados americanos, ya en solicitar concesiones para las provincias de ultramar, ya en pedir ó proponer medidas para apagar el fuego de la insurrección que iba cundiendo y extendiéndose en aquellas regiones. De Buenos-Aires se habia propagado al Paraguay y al Tucuman, y amenazaba prender en Chile. Con mas furia se desarrolló en Nueva-España, donde ya el año anterior habia sido separado por sospechas de connivencia con los criollos el virey Iturrigaray, y donde hubo el poco tino de conferir el vireinato en tales circunstancias al anciano y débil arzobispo don Francisco Javier de Lizana. Un clérigo llamado Hidalgo de Costilla, hombre sagaz y no iliterato, fué quien levantó allí la bandera de la insurrección, sublevando á los indios y mulatos (setiembre, 1810), con los cuales y con algunas tropas que se le reunieron se apoderó de la rica po-

(1) Los nombrados fueron: don Agustín Argüelles, don José Pablo Valiente, don Pedro María Ric, don Francisco Gutierrez de la Huerta, don Evaristo Perez de Castro, don Alfonso Cañedo, don José Espiga, don Antonio Oliveros, don Diego Muñoz Torrero, don Francisco Rodríguez de la Bárcena, don Vicente Morales, don Joaquín Fernandez de Leyva, y don Antonio Joaquín Perez.—Los agregados mas adelante fueron: don Antonio Ranz Romanillos, y los americanos don Andrés de Jáuregui y don Mariano Mendiola.

blación de Guanajuato, se extendió hasta Valladolid de Mechoacan, y amenazaba á Méjico, que se hallaba en gran fermentación.

Por fortuna llegó oportunamente el general Venegas, nombrado virey, como dijimos ya en otra parte, por el gobierno español. Venegas contuvo y reprimió el mal espíritu de la capital, y despachó al coronel Trujillo con una columna al encuentro de Hidalgo. Esperóle el clérigo insurgente en el monte de las Cruces; tuvieron allí una viva refriega, mas el número de la gente insurrecta era ya tan crecido, que el coronel español tuvo por prudente retroceder á Méjico. Tras él marchaba ya Hidalgo atrevidamente sobre la capital, y como supiese que se dirigía á impedirle aquel movimiento el comandante de las fuerzas de San Luis de Potosí, brigadier Calleja, con 3,000 hombres, tuvo la audacia de volver á buscarle, pero pagó cara la osadía, porque fué completamente derrotado cerca de Aculeo (7 de noviembre). Repúsose no obstante todavía, y todavía dió que hacer, costándole á Calleja varias acciones hasta desbaratarle del todo en una de ellas, de cuyas resultas hubo de refugiarse el belicoso clérigo en las provincias interiores, donde al fin fué cogido y pasado por las armas con varios de sus secuaces. La misma suerte tuvo otro clérigo llamado Morelos, pero mucho mas feroz que el anterior, así como mas ignorante y de mas estragadas costumbres, que se levantó y mantuvo el fuego de la insurrección en la costa meridional de Nueva-España. Ruda y sanguinaria se mostró allí la rebelión contra los españoles, y estos á su vez tomaron tambien represalias horribles.

Así los diputados americanos, presentando como remedio á tales males y como aliciente para reconciliar aquellas provincias y mantenerlas unidas á la metrópoli, la necesidad de igualarlas en derechos con esta, esforzábanse por obtener medidas legislativas en este sentido, pretendían que con urgencia se declarara la libertad é igualdad de los indios, arrancaban concesiones, ya eximiéndolos de los tributos y repartimientos abusivos que estaban en práctica, ya facultándolos para ciertos cultivos y labores agrícolas que les estaban vedados, ya habilitándolos para toda clase de empleos, igualando en esto con los europeos á los indios y criollos, ya en fin pidiendo que la representación de aquellas provincias fuese enteramente idéntica en el modo y forma á la de la Península, no solo para las córtes sucesivas, sino aun para aquellas mismas que se estaban celebrando. Encargóse á los americanos que, poniéndose de acuerdo entre sí, formularan y presentaran bajo un plan todas aquellas proposiciones, y así se fueron discutiendo, en sesiones secretas muchas de ellas.

Pero en medio de cuestiones y asuntos de la importancia de los que hemos enumerado, interpolábanse con frecuencia y entretenían á las córtes materias de poca sustancia para un cuerpo legislador, é incidentes fútiles, haciéndose objeto de discusión cualquier idea, juicio ó rumor que estampaban los periódicos, que desde la libertad de imprenta empezaron á pulular, y que muchas veces se reducían á verdaderos chismes ó á ligeras censuras que lastimaban ó incomodaban á uno ó mas diputados; abusos propios de una institución que habia pasado de repente del estado de esclavitud al de una casi omnimoda libertad. Aunque las córtes en este primer período no dejaron de tratar de asuntos de guerra y hacienda, que eran en verdad los mas urgentes, no hay duda que dieron cierta preferencia á la parte política, en términos que no solamente por fuera no faltó quien por esto las criticase, sino que tambien algunos diputados llamaron la atención sobre lo mismo, tal como el señor Llamas, que propuso no se tratara otra cosa que de guerra, hacienda y planes generales y particulares para arrojar á los enemigos, añadiendo que sobre esto hasta ahora no se habia hecho nada ó muy poco, expresiones de que se dió por ofendido y se quejó el Congreso. Tambien hubo alguno que dijera no podia ver sin lágrimas el tiempo que se perdía en materias de suyo obvias ó de muy escaso interés. ¿Pero podia evitarse uno y otro en una asamblea nueva, y con una iniciativa individual completamente libre, por lo menos hasta que pasaran aquellos primeros desahogos, y se entrara, como despues se entró, en un sistema mas sentido, mas reglamentario y mas metódico?

Antes de terminar este capítulo, justo será que elogemos de nuevo la firmeza y serenidad de aquellos ilustres patricios deliberando impávidos á las puertas de una ciudad apestada, y encerrados ellos mismos en un recinto circundado de fortalezas y de cañones enemigos, cuyo estruendo retumbaba en sus oídos muchas veces, cuyos proyectiles amenazaban caer cada día sobre sus cabezas, y á riesgo de verse á la mejor hora sorprendidos, envueltos y copados. Como en una corporación nunca ó rara vez falta quien dé mas fácil entrada en su ánimo al temor, ó quien se abulte en su imaginación los peligros, ó quien acaso vea los que realmente existían mas claramente que otros, en diferentes ocasiones expusieron algunos diputados lo prudente que sería que la representación se trasladara á lugar mas seguro y no expuesto á una sorpresa enemiga, y donde pudiera dedicarse á sus tareas mas sosegadamente. Aunque este punto se trató siempre en sesiones secretas, en que cada cual podia emitir mas francamente su parecer y expresar sus sentimientos sin la presión que ejerce el temor á la censura pública, pocos fueron siempre los que opinaron por la traslación, los mas combatieron fuertemente la idea como anti-política, en razon al mal efecto que causaría aquella medida en la nación, prefiriendo correr allí todos los riesgos á dar al país un ejemplo de debilidad, cuyas consecuencias podrían ser funestas. Decidióse al fin la cuestión en votación nominal, votando 84 por la permanencia, solo 33 por la traslación. Únicamente aceptaron mudarse á Cádiz tan pronto como cesara la epidemia, á cuyo efecto se acordó habilitar la iglesia de San Felipe Neri.

Tales fueron las principales ocupaciones de las córtes en el corto y trabajoso, pero ya fecundo período desde su instalación hasta terminar el año 1810. Dias de gloria histórica preparaban á la nación española los escogidos del pueblo en circunstancias tan criticas y solemnes.

CAPITULO XIII

Badajoz.—La retirada de Portugal.—La Albuera

(De enero á junio)

1811

Soult recibe orden para ir en auxilio de Massena.—Las tropas españolas de Portugal vuelven á Extremadura.—Muerte del marqués de la Romana.—Pereza y lentitud de Soult y su causa.—Parte á Extremadura.—Toma á Olivenza.—Sitia á Badajoz.—Briosa conducta del gobernador Menacho.—Operaciones de Mendizabal.—Aluayéntale Soult.—Pérdida grande de los nuestros.—Honrosa y desgraciada muerte de Menacho.—Flejedad de su sucesor.—Rendición de la plaza.—Sensación que este suceso hace en las córtes.—Ocupan los franceses á Alburquerque, Valencia y Campomayor.—Acontecimientos en Andalucía.—Expedición del general Peña.—Movimientos del mariscal Víctor.—Acción del cerro del Puero.—Operaciones navales.—Debates en las córtes sobre el resultado de la expedición y el comportamiento de los jefes ingleses y españoles.—Bombas arrojadas sobre Cádiz.—Expedición de Zayas al condado de Niebla y su resultado.—Célebre retirada del ejército francés de Portugal.—Habilidad que muestra y reputación que gana en ella Massena.—Conducta de Wellington.—Acciones que sostienen los franceses.—El mariscal Ney.—Trabajos y penalidades que pasan.—Huella de sangre y desolación que van dejando en el país.—Disidencias entre los generales: márchanse algunos: disgusto de Massena.—Franquea el ejército francés la frontera de Castilla.—Auxiliare Bessiéres.—Se repone.—Viene á Extremadura el general inglés Beresford.—Apodérase de Campomayor que abandonan los franceses.—Cruza el Guadiana.—Castaños general en jefe del 5.º ejército español.—Latour-Maubourg toma el mando del 5.º cuerpo francés.—Toma Beresford á Olivenza.—Pretende el embajador inglés que se dé á Wellington el mando de varias provincias españolas.—Niégalo la Regencia.—Firmeza y patriotismo de Blake.—Aprueba el consejo su conducta.—Vuelve el ejército francés á entrar en campaña.—Acción de Fuentes de Oñoro entre ingleses y franceses.—Regresan estos á tierra de Salamanca.—Sale la guarnición francesa de Almeida volando los muros.—Retírase Massena á Francia.—Reemplázale Marmont.—Expedición de Blake con ejército á Extremadura.—Retírase á Castaños á Beresford.—Acude tambien Soult desde Sevilla con ejército en socorro de Badajoz.—Sitúase el ejército anglo-lusitano-español en la Albuera.—Van á buscarle los franceses.—Famosa batalla de la Albuera.—Glorioso triunfo de los aliados.—Premios que decretan las córtes.—Elogio de Blake y los españoles en el parlamento británico.—Renúvase el sitio de Badajoz.—Reunión de ejércitos ingleses y franceses en Extremadura.—Levántase el sitio.—Retírase Wellington á Portugal.—Vuelve Blake á Cádiz.—Regresa Soult á Sevilla.

Volvamos otra vez la vista hácia los movimientos y las operaciones militares, de que no es fácil apartarla mucho tiempo

en guerra tan viva y de la cual estaba pendiente la suerte del reino.

Importaba mas que todo á Napoleon, siempre y con preferencia atento á arrojar los ingleses de la Península española, proteger y auxiliar cuanto pudiese al mariscal Massena, á quien dejamos á fines de 1810 en Portugal frente al ejército anglo-portugués de Wellington, á sus formidables posiciones de Torres-Vedras y á la nueva cadena de fuertes con que habia acabado de ceñirlas y hacerlas inexpugnables. No creyendo Napoleon bastantes á sacar á Massena de la comprometida situación en que se hallaba los refuerzos que le llevaron los generales Drouet, Claparède y Gardanne, ni los 3,000 hombres con que le acudió el general Foy, el mismo que á costa de mil peligros habia ido de Portugal á Paris á informarle del verdadero estado de aquel ejército expedicionario en que tenia puesta toda su confianza, mandó al mariscal Soult que á toda costa se pusiera en comunicación con Massena y le diera la mano, siquiera tuviese que abandonar la Andalucía; porque para el emperador todo era secundario, todo de poca monta ante la idea de destruir el ejército inglés, objeto predilecto que no se apartaba nunca de su mente.

Wellington esperaba tambien refuerzos de Inglaterra. De allí habia venido el mariscal Beresford á reemplazar al general Hill, que tuvo que retirarse por enfermedad. El plan de Wellington era enviar á Extremadura estas tropas, juntamente con las divisiones españolas que se habian unido, con objeto de que interponiéndose entre Soult y Massena les impidiesen la comunicación. Mandábanlas don Martín de la Carrera, don Carlos O'Donnell y don Carlos de España, y todas se pusieron en movimiento; pero el marqués de la Romana que las gobernaba como general en jefe, cuando se disponía á partir, falleció repentinamente de una aneurisma en el cuartel general de Cartaxo (23 de enero, 1811), teniendo con tal motivo que guiarlas como jefe de la expedición el general don José Virués. Cualesquiera que fuesen las prendas y condiciones que faltasen al marqués de la Romana para constituir un buen general, como hemos observado en varias ocasiones, adornábanle otras que le hacían recomendable, y al través de algunos desaciertos y errores habia prestado servicios de mucha estima á su patria, y las córtes así lo reconocieron, acordando que se pusiese una inscripcion honrosa en su sepulcro.

Pero el duque de Dalmacia (Soult), que tardó algo en recibir las órdenes de Napoleon, porque las primeras fueron interceptadas por las guerrillas españolas, tampoco se apresuró á ejecutarlas despues de recibidas. Sentía por una parte dejar las provincias andaluzas, donde ejercía una autoridad ilimitada y las miraba como una especie de patrimonio suyo, y por otra no le era muy agradable ir á ayudar á Massena á la conquista de Portugal, de cuya empresa, caso de salir bien, este y no él sería quien recogería el fruto y la gloria. Así fué que se movió perezosamente: dió no obstante sus disposiciones, señaló los generales y las fuerzas que habian de quedar en Sevilla y en Córdoba, y reuniéndose al mariscal duque de Treviso (Mortier) que mandaba el 5.º cuerpo, partió á principios de enero camino de Extremadura con unos 23,000 hombres y 54 piezas, sin contar unos 3,500 del ejército del centro con que el general Lahousaye se adelantó á Trujillo. Pero huyendo de entrar desde luego en Portugal, y alegando no ser conveniente dejar á la espalda plazas españolas, pidió y obtuvo de Napoleon el permiso de atacar las plazas de Olivenza y Badajoz antes de invadir el Alentejo; sistema y conducta que muchos le censuraron, entre otros el mariscal Jourdan, que lo dejó así escrito en sus Memorias.

Mandaba las tropas españolas de Extremadura don Gabriel de Mendizabal, que con la entrada de Soult se replegó por Mérida hácia la derecha del Guadiana. La division de Ballesteros, que obraba hácia el condado de Niebla dándose la mano con Copons, fué perseguida por el general Gazan, que la dispersó y tomó parte de su artillería. Soult avanzó sobre Olivenza, plaza española desde el tratado de Badajoz de 1801, descuidada, además de ser de suyo débil. Atacada por el general francés con piezas de grueso calibre, fácil le fué rendirla (22 de enero), quedando prisionera de guerra la guarnición,

inclusos 3,000 hombres que Mendizabal tuvo el mal acuerdo de enviar donde iban a servir mas de embarazo que de defensa.

Ballesteros, que á este tiempo recibió de la Regencia el nombramiento de comandante general del Condado de Niebla, despues de embarcarse Copons con sus tropas para la Isla de Leon, sostuvo en Villanueva de los Castillejos un porfiado y honroso combate (25 de enero) contra los generales franceses Gazan y Remond, causándoles bastante pérdida, y retirándose despues por escalones á Sanlúcar de Guadiana. Como luego observase que Gazan se corria hácia Badajoz, á cuya plaza se encaminó el duque de Dalmacia despues de la toma de Olivenza, renovó sus correrías, embistió y sorprendió á Fregenal, donde cogió unos 100 prisioneros (16 de febrero), y antes de terminar el mes tornóse al Condado, donde habia quedado solo Remond, y desde luego le forzó á retirarse del otro lado del rio Tinto (2 de marzo), suceso que puso en cuidado á los franceses que guarnecian á Sevilla, en términos de tener que salir el gobernador Darican en auxilio de Remond. Manejóse no obstante tan diestramente Ballesteros que en la noche del 9 sorprendió á Remond en Palma, cogiéndole dos cañones y bastantes prisioneros, y disponiéndose á marchar arrojadamente hácia Sevilla, cuando le detuvieron las malas noticias que de Extremadura iban llegando.

Habia en efecto, como indicamos, dirigiéndose el mariscal Soult desde Olivenza á acometer la plaza de Badajoz, capital de la Extremadura, sita á la orilla izquierda del Guadiana, guarnecida por unos 9,000 hombres y gobernada por el mariscal de campo don Rafael Menacho, hombre de acreditado valor y firmeza. Despues de distribuir Soult sus cincuenta y cuatro piezas en diferentes baterías colocadas en varios puntos, comenzaron aquellas el 28 de enero á abrir la trinchera. El 30 hicieron los sitiados una vigorosa salida, á pesar de la cual intimó el francés la rendición á la plaza (1.º de febrero), á que contestó Menacho con briosa respuesta. Mendizabal, que habia colocado las divisiones venidas de Portugal á la derecha del Gévora (rio que se junta allí con el caudaloso Guadiana), protegidas por el fuerte de San Cristóbal, trató de meterse en Badajoz, á cuyo fin mandó á don Martín de la Carrera que ahuyentase la caballería enemiga, operacion que ejecutada con habilidad y denuedo permitió á Mendizabal entrar en la plaza con su infantería (6 de febrero). Con esto se animaron los sitiados á hacer al dia siguiente una salida, dirigiendo la empresa don Carlos de España. Destruyeron aquellos algunas baterías é inutilizaron algunas piezas, mas como no hubiesen podido clavarlas todas, rehechos los franceses y repelidos los nuestros, con las que quedaron útiles hicieron sobre los españoles estrago grande, perdiéndose 700 hombres, algunos bravos oficiales entre ellos. A los dos dias volvió á salir Mendizabal de Badajoz, desembarazando la plaza de la gente inútil, y dejando la guarnición reducida á los 9,000 hombres de antes, situóse á la margen opuesta del Guadiana, apoyándose en el fuerte de San Cristóbal.

Nuestros contratiempos comenzaron verdaderamente el 11 (febrero), apoderándose los franceses del fuerte de Pardaleras, que guarnecian 400 hombres, metiéndose en él por un punto que obligado por la fuerza tuvo la debilidad de señalarles un oficial prisionero: salvóse no obstante mucha parte de la guarnición. Al dia siguiente, comprendiendo Soult cuánto le importaba para apresurar el sitio de Badajoz arrojar á Mendizabal de las cercanías del fuerte de San Cristóbal, envió una columna que cruzando el Guadiana comenzó á lanzar bombas sobre el campamento español. Mendizabal, cuya fuerza pasaba todavía de 9,000 hombres, no habia cuidado de atrincherarse ni fortalecerse, á pesar de habérselo aconsejado el general inglés, fiando en que las crecientes del Guadiana y del Gévora no permitian atacarle en aquella posición. ¡Indiscreta é incomprensible confianza! Las aguas descendieron el 18 (febrero), y vadeando y cruzando los dos rios la caballería enemiga guiada por Latour-Maubourg, y luego la infantería conducida por Girard, en número una y otra igual á la fuerza que contaba Mendizabal, cogieron á este en medio casi desapercibido; y cayendo con ímpetu sobre los españoles el mariscal Mortier que dirigia los movimientos (19 de febrero), entró la confusion y el desorden en nuestras filas. Diéronse

los primeros á huir los portugueses, á quienes en vano intentó contener el valeroso español don Fernando Butron á la cabeza de los regimientos de Lusitania y de Sagunto. Un poco se sostuvo Mendizabal con la infantería, formando con ella dos grandes cuadros, pero rotos estos tambien, todo fué ya dispersion, pérdida y desastres. Mas de 800 fueron los muertos ó heridos; acaso pasaron de 4,000 los prisioneros, entre ellos el general Virués; perdiéronse 17 cañones, 20 cajas de municiones y 5 banderas. Refugiáronse los dispersos en las plazas inmediatas: don Carlos de España se salvó en Campomayor; en Yelves don Fernando Butron con don Pablo Murillo y 800 hombres. Apenas perdieron 400 los franceses. «¡Pelea ignominiosamente perdida, exclama aquí un historiador español, y por la que se levantó contra Mendizabal un clamor universal harto justo! Fué causa de tamaño infortunio singular impericia, que no disculpan ni los brios personales ni la buena intencion de aquel desventurado general (1).»

De esta victoria se aprovechó Soult, como era natural, para activar los trabajos del sitio, pudiendo construir con cierta tranquilidad puentes de comunicacion de la una á la otra orilla del Guadiana. Y sin embargo no decayó el espíritu del gobernador Menacho, tanto que no quiso recibir al parlamentario que Soult le envió con nuevas proposiciones para la rendición de la plaza. Su firmeza alentaba á todos, en términos que á porfía pugnaban por compartir con él los peligros. Por si el cañoneo derribaba los baluartes y los muros, propúsose resistir dentro del casco de la ciudad, á cuyo fin hizo abrir zanjas en las calles, atronerar las casas y emplear otros medios de defensa interior. Por una deplorable desdicha acabó pronto su gloriosa carrera aquel digno y denodado jefe. El 4 de marzo habia dispuesto una salida de la guarnición, y cuando él observaba con placer desde lo alto del muro el daño que aquella hacia al enemigo, una bala de cañon le derribó sin vida. Pérdida irreparable fué aquella para los sitiados, llorada con razon por todos. Con razon tambien las córtes del reino honraron y pensionaron su familia. Sucedióle en el gobierno de la plaza el general don José de Imaz, cuya conducta hizo resaltar doblemente la de su malogrado antecesor; puesto que á los seis dias (10 de marzo), al tiempo que desde Yelves se recibia aviso de que el mariscal Massena se retiraba de Portugal y de que pronto seria la plaza socorrida, cuando aun no estaba bastante apertillada la brecha, contra el dictamen de varios de los jefes reunidos en consejo, disculpándose con el parecer de otros, accedió á capitular, entregando la plaza con mas de 7,000 hombres que aun habia útiles, fuera de los 1,000 enfermos de los hospitales, y con 170 piezas de artillería y abundancia de municiones.

Gran sensacion y profunda tristeza causó la noticia de esta rendición en las córtes. La Regencia en su oficio decia que hallaba motivo suficiente para que aquel suceso fuese juzgado segun ordenanza; varios diputados manifestaron su indignacion por la conducta del gobernador, y hubo quien expresó su dolor exclamando: «Dios nos salve, *quia non est alius qui pugnet pro nobis.*» Propusieronse medidas para remedio de tan graves males, y tambien se pidió que se indagara la conducta militar de Mendizabal en su desgraciada batalla del 19 de febrero (2).

La consecuencia mas inmediata de la rendición de Badajoz fué la ocupacion de Alburquerque y Valencia de Alcántara por el general Latour-Maubourg, y la de Campomayor por el mariscal Mortier (15 de marzo), esta última despues de algunos dias de ataque, y quedando prisioneros unos 600 portugueses entre milicianos y ordenanzas.

Aunque á este tiempo se retiraba, como hemos indicado, el mariscal Massena de Portugal, cúmplenos antes de dar cuenta de este importante suceso, darla de lo que habia aconteci-

(1) En las córtes causó gran disgusto la noticia de esta derrota, que llegó con una representacion del general de la caballería Butron contra su jefe Mendizabal: tambien se recibió otro de la junta superior de Extremadura, acompañando documentos que acreditaban las providencias enérgicas que habia tomado para contener la dispersion de las tropas.— Sesiones secretas de 27 y 28 de febrero.

(2) Sesión del 22 de marzo.

do en Andalucía durante la ausencia de Soult, y que obligó á este á retroceder á aquella provincia tan pronto como tomó á Badajoz. El gobierno de Cádiz, de acuerdo con los ingleses, quiso aprovechar la salida del ejército expedicionario de Extremadura para intentar un golpe contra el que quedaba sitiando á Cádiz y la Isla, y obligarle, si podia, á levantar el cerco. Combinóse al efecto una expedición al mando del general don Manuel de la Peña, con tropas españolas é inglesas, en número aquellas de cerca de 8,000, de mas de 4,000 estas, contando las que ya en el mes de enero habian pasado con el propio fin de Cádiz á Algeciras, y habian hecho una marcha sobre Medinasidonia á las órdenes de don Antonio Begines de los Rios. El 26 de febrero se embarcaron las tropas que faltaban, y arribaron con dificultad el 27 á Tarifa, donde se les incorporaron los ingleses; la division de Begines se hallaba en Casas Viejas. Dividió el ejército en tres cuerpos, encomendando la vanguardia á don José de Lardizabal, el centro al príncipe de Anglona, y la reserva al general inglés Graham: mandaba la caballería don Santiago Whittingham, y constaba la artillería de 24 piezas.

El 28 (febrero) se puso en movimiento el ejército expedicionario con direccion al puerto de Facinas, desde el cual podia seguir dos caminos, ó el de Medinasidonia por Casas Viejas, ó el de Chiclana y Santi-Petri por Vejer. Tomó de pronto el primero, mas luego hallándose en las alturas frente á Casas Viejas, varió de pensamiento el general en jefe, y emprendió la marcha por el segundo (3 de marzo): mudanza que se censuró de errada y de inconveniente, y que explican algunos por el carácter meticoloso del general la Peña, que tomando aquel rumbo se ponía mas pronto en comunicacion con la Isla, y lo creia mas seguro para el caso de un contra-tiempo. El general Zayas, que habia quedado mandando en la Isla, tenia el encargo de ejecutar movimientos en toda la línea, en combinacion con las fuerzas de mar, y de echar un puente de barcas á la embocadura de Santi-Petri. Ejecutóse esta última operacion el 2 de marzo, pero descuidados aquella misma noche los españoles que le custodiaban fueron sorprendidos y hechos prisioneros en número de 250 por los tiradores franceses, y gracias que á favor del desorden no pasaron mas adelante. De resultas mandó Zayas cortar algunas barcas del puente: con esto, y con ignorar la marcha del ejército expedicionario, al cual se suponía caminando en el primer rumbo que emprendió, y con no recibirse de él las señales convenidas ni aviso alguno, pues un oficial que le traia fué equivocadamente preso por los mismos ingleses, no pudieron los de la Isla auxiliar de pronto las operaciones de fuera.

Habia el ejército expedicionario tomado el camino de Conil (4 de marzo), para continuar la vuelta de Santi-Petri. La marcha fué perezosa y pesada, no calculados bien los entorpecimientos con que habia de tropezar. Ignoraba este movimiento el mariscal Víctor, que además de los 15,000 hombres con que vigilaba á Cádiz y la Isla, tenia otros 5,000 entre Sanlúcar, Medinasidonia y otros puntos inmediatos. Por lo mismo, y para ocurrir á todo evento, habiase colocado entre Medina y Conil; mas luego que supo la direccion de los aliados, corrióse á los pinares de Chiclana, y colocó convenientemente las tres divisiones de Ruffin, Leval y Villatte. Así, cuando Lardizabal con la vanguardia española llegó al sitio en que se habia propuesto atacar por la espalda los atrincheramientos franceses que impedían la comunicacion de los de fuera con la Isla, encontróse allí con la division de Villatte (5 de marzo). Embistióla el general español bravamente, y tanto que despues de recia pelea rechazó al francés al otro lado del caño, y abrió la comunicacion con la Isla, si bien se retrasó por la reciente cortadura del puente hecha por Zayas. Queriendo aprovechar aquella ventaja el general Peña, dió orden al inglés Graham para que acercándose al campo de la Bermeja cooperase á las maniobras de la vanguardia, dejando el cerro llamado del Puerto en que se habia situado encomendado á la division de don Antonio Begines.

Atento á todas estas evoluciones el mariscal Víctor, destacó la division Leval contra la inglesa de Graham, y poniéndose él al frente de la de Ruffin dirigióse al cerro del Puerto, y trepando por la ladera de la espalda, y arrojando de él á los

españoles y apoderándose de la cumbre, interpusose entre las tropas que le habian ocupado y las que quedaban en Casas Viejas, siendo su intento acorralar á los aliados contra el mar. Aperebido de esto Graham, contramarchó rápidamente, y haciendo que el mayor Duncan rompiese con los diez cañones que llevaba un fuego vivo contra la division Leval, contúvola causando en ella destrozo grande. Mandó luego arremeter el cerro del Puerto, de que se habia apoderado Ruffin: recio y sangriento fué el combate, aunque corto, pues solo duró hora y media; perdieron en él los ingleses mas de 1,000 soldados con 50 oficiales; la pérdida de los franceses fué de 2,000 muertos ó heridos y 400 prisioneros. Entre los muertos lo fué el general Rousseau, y entre los heridos el general Ruffin, tan mortalmente que sucumbió á bordo del buque que le trasportaba á Inglaterra. Dueños los ingleses del cerro, Graham no persiguió al enemigo por el cansancio de sus tropas, pero aquel no se repuso á pesar de los esfuerzos del mariscal Víctor por restablecer el combate. No hizo otro tanto la Peña, que ni siquiera se movió para auxiliar á Graham, disculpándose con haber ignorado la contramarcha de este y la refriega en que se empeñó. Lardizabal con su vanguardia fué quien siguió batiéndose con la division de Villatte, que tambien salió herido. Graham se metió en la Isla, resentido de la conducta de la Peña, y protestando que no saldria mas de las líneas, sino en el caso de tener que favorecer desde ellas alguna operacion de los españoles.

Tambien por el mar se habian movido los nuestros, amenazando don Cayetano Valdés con las fuerzas sutiles el Trocadero y varios otros puntos. Hizose un desembarco en la playa del Puerto de Santa María, y se recobró á Rota destruyendo las baterías enemigas. Por su parte el mariscal Víctor, despues de enviar los bagajes y los heridos del dia 5, y de llamar de Medinasidonia la division que mandaba Cassagne, se situó con el grueso de sus tropas en las cercanías de Puerto Real. Por lo que hace á Peña, á cuya irresolucion y desconfianza se achacó no haberse sacado mas fruto de la batalla del 5, no se atrevió á proseguir solo operacion alguna, y entró el 7 todo su ejército en Santi-Petri.

Por espacio de cerca de quince dias fueron estos sucesos objeto de debates en las córtes, alguno en público, los mas de ellos en sesiones secretas. Declamóse mucho sobre la impericia ó flojedad de la Peña en no haber sabido sacar ventajas de la accion del 5; se pidió que se residenciara su conducta, añadiendo algunos que se hiciese sometiéndole á un consejo de guerra; y el general por su parte presentó en su justificacion un escrito, de que se acordó dar lectura en sesion pública, aunque no de los documentos que le acompañaban, por ser alguno de ellos ofensivo á los ingleses. Aunque mas adelante el resultado de estos cargos y acusaciones fué declararse en junta de generales no resultar hecho alguno para proceder contra Peña, aunque las córtes despues manifestaron quedar satisfechas de su conducta, y aun con el tiempo se le condecoró con la gran cruz de Carlos III, es lo cierto que por entonces se desató contra él la opinion pública, que se cruzaron agrios escritos, que se hizo incompatible su mando con el del general Graham, y que fué menester reemplazarle con el marqués de Coupigny. Tambien se manifestó en el congreso una opinion desfavorable al general Zayas por la sorpresa del puente de Santi-Petri. El único con quien la asamblea se mostró generosa fué el general inglés Graham, á quien acordó conferir grandeza de España con el título de duque del Cerro del Puerto. No admitió el general británico esta honra, segun unos por no lastimar á lord Wellington, que aun no la habia obtenido; segun otros, y todo pudo ser, por tener en el idioma inglés el nombre del cerro un sonido y una significacion aun mas repugnante que en el español. Alcanzaron estos debates y se juntaron con el que produjo la noticia de la pérdida de Badajoz (1).

Mientras estas cuestiones se debatían en la cámara, dispararon los franceses desde el fuerte de la Cabezuela contra Cádiz, é hicieron llegar al recinto de la poblacion bastantes bombas, de las cuales cayeron algunas en la plaza de San

(1) Sesiones del 5 al 17 de marzo.